

¿POR QUÉ EL SIGLO XIX?

Silvestre Villegas Revueltas.

En memoria a Don Ernesto Lemoine.

Corría el segundo semestre de 1983 cuando algunos amigos de mi generación me recomendaron que asistiera como oyente a la clase del doctor Lemoine sobre la Guerra de Independencia. Así lo hice, y curiosamente, dada la fama del maestro, el salón era pequeño y no había más de diez alumnos. Se percató de mi presencia, me miró y continuó disertando sobre la campaña de Francisco Javier Mina; a lo largo de 50 minutos se paseó de un extremo al otro del aula, cigarro en mano y siempre mirando al techo; esto último me llamó poderosamente la atención porque pareciera que se aislaba de nosotros y buscaba su inspiración en el techo, años después descubrí que es un recurso didáctico para concentrar las ideas. Volví una vez más a su cátedra y me convencí de que para el próximo semestre, debía inscribirme en su seminario de tesis sobre el siglo XIX mexicano. Dos meses después, Isabel Martínez, heroína de mil batallas, y yo, nos hacíamos presentes en el seminario; afortunadamente éramos 7 u 8 alumnos y el maestro pudo trabajar en forma más cercana a nosotros, nos explicó cuáles eran los propósitos y la metodología que pretendía llevar, nos dio una bibliografía general y pidió que para la próxima clase trajéramos un tema tentativo para desarrollarlo en el seminario. Dos días más tarde me presenté de manera formal, ya que en la Facultad de Filosofía y Letras puede uno cursar la carrera en un anonimato absoluto entre profesores y alumnos. Me dijo que ya me conocía y que el tópico sobre Antonio López de Santa Ana entre 1841 y 1842 era un buen tema, complejo, que iniciara mis investigaciones, pero también que pensara en otro pues difícilmente podría aportar en una tesis de licenciatura elementos novedosos. Frente a tal problema me pareció que podría ser más interesante trabajar en torno al presidente Ignacio Comonfort, de quién solamente sabía que había llevado a cabo un autogolpe de estado que finalmente acabó con su administración.

Al maestro Lemoine le pareció interesante, según él, la figura de Comonfort que estaba opacada por dos “gigantes”, el caudillo veracruzano y Benito Juárez; sin embargo, la manera como apoyó mi proyecto y varios comentarios suyos sobre el juarismo me hicieron temer sobre mi trabajo, pues algunas personas me habían señalado su propensión a la historia grandilocuente y sus amores y fobias sobre ciertos personajes. Sin embargo he aquí la primera nota que me gustó de mi director: conmigo siempre fue respetuoso de las ideas que sobre conceptos, situaciones o personajes yo le iba exponiendo en mis trabajos escritos o en nuestras charlas, a pesar de que no estuviera de acuerdo con ellas, solamente insistía en que las asumiera, cuando pudiera mostrarlas con documentos probatorios.

El primer paso que me sugirió fue el de reconstruir la vida de Comonfort, haciendo una cronología con datos biográficos, amistades, formación educativa, empleos, actividades, afecciones, período presidencial y, en general, todo dato que contribuyera a crear el “esqueleto” o base de sustentación del sujeto investigado. Lo anterior era muy importante pues me brindaba las vías para conocer con exactitud que hacía el personaje en un momento dado, que sentía o que pensaba, sin el peligro de caer en generalizaciones o peor aún, en inexactitudes en relación a los acontecimientos que día a día complicaban el panorama nacional a mediados de la centuria pasada. El objetivo de la medida que él me había propuesto me quedaba claro, lo difícil era llenar muchos de los espacios de la vida cotidiana, de la psicología del personaje y de los acontecimientos que sólo se podrían conocer por vía indirecta, a través de las amistades de don Ignacio o bien de sus enemigos, de aquellos que conspiraron en contra suya.

La elaboración de la cronología me sirvió para acreditar el seminario y para noviembre de 1984 me pidió que teniendo en cuenta la investigación anteriormente realizada, elaborara un proyecto más afinado del tema de tesis y un cronograma provisional. Los resultados fueron satisfactorios y a la biografía consideramos necesario agregarle el análisis de distintos fenómenos como: la logística de la Revolución de Ayutla, las consecuencias de la Ley de Desamortización de los Bienes Civiles y Eclesiásticos, el relevo de generaciones y de otros temas que si bien formaban indirectamente parte de su biografía, marcaron de manera definitiva la época del biografiado.

Pienso que don Ernesto, fue compenetrándose en la investigación ya que hice algo que le entusiasmaba: me dediqué a buscar documentos de primera mano, muchos de los cuales no habían salido a la luz y se encontraban perdidos en algún archivo.

Durante 1985 nos reunimos cada dos o tres semanas. Las citas eran los sábados a las 11:00 am y las cumplimos rigurosamente, a pesar de que los compromisos académicos o sociales que cada uno tenía los viernes, eran una prueba de fuego por la duración y el carácter de la reunión. Estas sesiones sabatinas se llevaban a cabo en un corredor de su casa que daba a un pequeño jardín interior, allí el maestro y yo trabajábamos por largas horas en la revisión de la investigación. La lectura y corrección de la misma se hacía hoja tras hoja, párrafo tras párrafo; las ideas, algunas de ellas oscuramente expresadas, los errores de redacción, así como las novedades o aportaciones al tema, daban pie a una riquísima conversación que lo mismo iba del tema Ignacio Comonfort al carácter de los viajes familiares, la comida, los espirituosos, las hipótesis de la psicología de los sujetos estudiados, etc. En fin, puedo afirmar que esas asesorías dejaban traslucir el entusiasmo, humanismo acabado, pasión de investigador y compromiso por el alumno, característico de la generación de los maestros a la que pertenecía Ernesto Lemoine y que los hacía a nuestros ojos sabios queridos y respetados.

Las discusiones se tornaban intensas en aquellos puntos donde la historiografía tradicional pugnaba con las interpretaciones que yo hacía en mi trabajo; me concedió la razón cuando, por ejemplo, insistí en que la administración del general poblano había sido profundamente revolucionaria, pues a lo largo de un año realizó lo siguiente: se enfrentó al clero mexicano expulsando del país al obispo Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos; dadas sus facultades extraordinarias expidió la Ley Lerdo, la Ley Iglesias y confirmó la vigencia de la Ley Juárez, expedida durante el gobierno de Juan Álvarez. En fin, que los cambios surgidos durante 1856 y 1857 fueron el inicio de la Reforma. También tenía yo que exponer algunas situaciones poco claras, como explicar las dudas que seguramente acosaron a Comonfort y su apoyo final al golpe de estado. Las explicaciones de éste fenómeno político resultaban incompletas, los documentos no nos convencían y entonces el doctor Lemoine me

sugirió que dado el acopio de información hiciera una hipótesis subjetiva, literaria, sobre los temores, la religiosidad y el ser íntimo de Ignacio Comonfort. Era indagar en los meandros más profundos de su personalidad y al mismo tiempo no era ficción pues se contaba con el respaldo de la investigación. Me aseguró que en algunos momentos, el historiador debía desentrañar su verdad a través de elementos heterodoxos. En este caso quizá, las afecciones personales nos dieran la respuesta del porqué de la resolución de apoyar al Plan de Tacubaya, proclamado por el general Félix Zuloaga.

Cuando escuché de sus labios semejante idea, no podía creerlo, dada su pasión por la datología, pero me pareció una propuesta excelente, madura, de un profesional del quehacer histórico, que se lanza a la elaboración de conceptos no a la ligera sino teniendo detrás de sí un cúmulo de conocimientos, un *background* que le permite emitir una última afirmación sin recurrir para confirmarla a los tradicionales métodos de la comprobación científica. Quizá tal postura haya sido, hasta el día de hoy, una enseñanza central en mi carrera académica: es posible explicar algunos fenómenos que estudia la Historia con materiales no comprobables, pero que son el resultado de un extenso proceso de análisis científico.

En diciembre de 1985, el 24, le llamé por teléfono para darle los parabienes de rigor y comunicarle que había terminado la redacción de la tesis. Me contestó que nos veríamos el primer sábado de enero para ultimar los detalles e iniciar el tortuoso proceso de la asignación de jurado, los votos aprobatorios, la revisión de estudios y toda una serie de detalles que son el calvario que pasan tanto los que acarician la idea de obtener el título que les dará derecho a ejercer con plenitud su profesión como de los doctorados de universidades nacionales o extranjeras.

En una de las últimas sesiones me comentó que estaba próxima a presentar su examen de maestría Carmen Vázquez Mantecón cuyo tema de tesis era el último gobierno de Santa Ana y que dado que la Revolución de Ayutla se había desarrollado durante aquel tiempo le parecía indispensable que asistiera para que le diera mi opinión pero, sobre todo, para que estudiara el desarrollo del examen de grado. Un mes después, la mañana del 20 de marzo, estaba en el salón de exámenes profesionales, paredes recubiertas de madera y decolora-

da alfombra verde. El profesor Álvaro Matute me hizo distintas preguntas pero en la que puso mayor énfasis fue en mi concepto de que Ignacio Comonfort, José María Lafragua, Manuel Payno y otros, pertenecían a una generación que había relevado a aquella que había surgido a la vida en la última década del siglo XVIII. Por su parte el doctor Ortega y Medina, criticó algunos aspectos del trabajo y me preguntó si existían similitudes entre el proyecto liberal moderado y su contraparte entre los Estados Unidos y la Gran Bretaña. Le contesté afirmativamente pero que a mi parecer, existía una mayor afinidad con los franceses, como Guizot y Chateaubriand, quienes criticaron los excesos en los que incurrió la Revolución Francesa. Finalmente el doctor Lemoine, después de relatar los avatares de la tesis y de puntualizar lo que el consideraba aporte de consideración, volvió a la cuestión de la psicología de Ignacio Comonfort, para concluir diciendo que tres meses atrás no pensaba que yo fuera a terminar la investigación en el tiempo que me había propuesto.

La experiencia de un año y medio con Lemoine como director de tesis me pareció magnífica y ya sin el compromiso académico encima pudimos estrechar las relaciones sociales, revelándose el maestro como un buen cocinero y de amena charla a lo largo de horas y horas. En compañía de su esposa Guillermina, de otros compañeros y de Eugenia, compartimos sendas veladas donde, a semejanza de las tertulias provincianas, pasábamos de un tema a otro y los licores fluían, dando rienda suelta a agudos comentarios y también a simplezas que divertían a los concurrentes.

En el año de 1987 comencé los estudios de maestría en Historia de México y, por aquel tiempo también, organicé un ciclo de conferencias que titulé "La otra cara de la historia", el propósito era el de divulgar la vida de los hombres que la historiografía oficial ha condenado por su carácter y sus acciones: Hernán Cortés, Leonardo Márquez, Victoriano Huerta, Salvador Abascal entre otros muchos. Invité al doctor Lemoine, para que platicara sobre el brigadier Félix María Calleja sabiendo que cuando relataba las campañas de Morelos el maestro podía llegar a un "éxtasis místico" el reto era impresionante. La fecha de la conferencia, coincidió con una visita que hizo Octavio Paz a la facultad y por lo tanto yo temía que la asistencia fuera escasa, sin embargo el salón 009 estaba completamente lleno y la gente aplaudió cuando terminó de leer

su curriculum, se entusiasmó con la fluidez, los chascarrillos y la enorme cantidad de información que recibieron durante la charla. Todo esto, a pesar de que él la había iniciado subrayando el hecho de que Calleja le era altamente antipático.

Con los estudios de maestría la situación se torno más difícil por mis compromisos académicos que traducidos en conferencias, clases y artículos, hicieron que no me pudiera dedicar de tiempo completo a la investigación que de nueva cuenta dirigía el maestro Lemoine. El origen del tema era consecuencia de la investigación sobre Comonfort y sus razones fueron las siguientes: durante su gobierno, los liberales moderados llevaron adelante una política muy avanzada que contrastaba con lo que tradicionalmente se ha dicho en el sentido de que este grupo era cercano al conservadurismo y que su actuación retardó el triunfo absoluto del liberalismo. Asimismo, resultaba indispensable dilucidar quiénes habían sido los propulsores de ese proyecto que tenía como fin, la creación de un Estado Nacional. Yo le comenté al maestro que en distintas ocasiones, pero de manera muy superficial, me había encontrado conque el guanajuatense Manuel Doblado, ejerció un papel muy importante en esos años y que en el Instituto de Investigaciones Históricas existía una tesis de un norteamericano en torno al papel desempeñado por aquél, durante la Guerra de Reforma. Él me indicó que buscara el archivo de Doblado. En la tesis mencionada se habían utilizado materiales de la Colección Latinoamericana Benson de la Universidad de Texas en Austin, donde también se encontraba el archivo de Comonfort que yo había leído en su totalidad en el año de 85. Sin embargo dado que tengo parientes en la ciudad de Guanajuato y que me resultaba más barato ir al Bajío que a la Unión Americana, me dirigí a esa preciosa población donde me encontré que tanto en el Archivo Histórico del Estado de Guanajuato, como en el de la Escuela de Filosofía y Letras de esa entidad, tenían en su haber miles de documentos, entre los que se encontraba afortunadamente el original del de Texas, bien resguardado en el exconvento de la Valenciana. Visité Guanajuato en cinco ocasiones distintas, la última me fue sugerida por el maestro Ernesto de la Torre Villar, lector de la investigación, quién había entablado estrecha amistad con el profesor Isauro Rionda, Jefe del Archivo Histórico, quien le comentó que

gracias a un cambio de edificio se habían encontrado documentos extraviados de Doblado, por lo cual consideraba que me sería de gran utilidad estudiarlos.

La lectura de ese archivo resultó fascinante pues Doblado mantenía una intensa correspondencia con una multitud de individuos que pertenecían tanto al partido liberal como al conservador. Notabilidades como Clemente de Jesús Munguía, Tomás Mejía, Guillermo Prieto, Ezequiel Montes, el gran confidente Manuel Siliceo y Manuel Robles Pezuela. Los borradores de sus cartas y sus silencios, que le eran reprochados por sus íntimos amigos, son sin duda ejemplo de un maquiavelismo político, de una visión profunda del panorama político nacional, pero también de una información muy acabada y certera de las relaciones internacionales.

Ese material que por 1988 no había sido examinado en su totalidad, me sirvió para acreditar en dos semestres sucesivos el seminario de tesis con el maestro Lemoine; el resultado fueron dos trabajos: el primero detallaba las actividades de Doblado como gobernador de Guanajuato durante el régimen de Comonfort y el segundo se centró en el papel del entonces Ministro de Relaciones Exteriores y jefe del Gabinete en los preliminares de los Tratados de La Soledad que antecedieron a la intervención francesa. Como resultado de los dos ensayos me pareció más sugerente y de mayor aportación para la historiografía mexicana centrar la tesis en el lenguaje y las acciones que llevaron ese grupo de hombres políticos, denominados por ellos mismos con el nombre de "Moderados". El archivo Doblado era lo suficientemente amplio y la consulta del fondo Lafragua, los archivos personales de Jesús González Ortega, Benito Juárez, José López Uruga y la lectura minuciosa de muchos periódicos, como *El Estandarte Nacional*, me ofrecían un espléndido material para llevar adelante una investigación sobre la ideología de los liberales moderados. El doctor Lemoine no estuvo de acuerdo, ya que él quería que continuase con la biografía de Manuel Doblado; tal vez en la idea de que la bibliografía existente solo tomaba en cuenta algunas partes de su vida pública y yo estaba en condiciones de ofrecer un recorrido minucioso de toda su vida, además, porque él consideraba y en eso tenía razón, que una buena biografía no se limita al manejo de los datos de una manera enciclo-

pédica sino que una buena factura histórica, revela el tiempo, los intereses y en general la cultura que rodea y que también provoca el sujeto biografiado.

Esta diferencia de criterios permaneció a lo largo de toda la investigación e inclusive, en el examen de grado, el doctor Lemoine volvió a sugerirme la necesidad de realizar en el futuro tal estudio. Poseo los documentos y hasta el día de hoy han sido publicados dos ensayos, que no una biografía completa, por parte de la Secretaría de Relaciones Exteriores y del Instituto José María Luis Mora.

A pesar de lo anterior, don Ernesto respetó mi decisión no sin antes advertirme que sería un trabajo mucho más extenso y peligroso pues uno podría perderse en un mar de información. Tenía razón, pues el moderantismo existe como una posición vital y en el caso concreto de la acción política el “partido de los términos medios” es parte integral de la historia del país desde por lo menos el constituyente de 1824, a pesar de que se constituye como partido político alrededor de 1840.

Fijar los límites fue un verdadero problema, pero finalmente lo resolví al plantear que si bien los moderados habían sido sujetos activos a lo largo del siglo XIX, lo indicado era ubicar el momento cuando actuaron siguiendo su ideología, la época de mayor pureza y la que los conlleva a plantearse la necesidad de definir un modelo político. La investigación partió de la presidencia de Mariano Arista en 1852 hasta la salida del país de Manuel Doblado, que es prácticamente simultánea con el arribo del archiduque Maximiliano en 1864; en este momento no terminaba la actuación política de los moderados, pues algunos de ellos como José Fernando Ramírez o Manuel Siliceo colaboraron en la administración del emperador. Lo más importante para mi estudio radicaba en estudiar la postura que adoptaron frente a la invasión: apoyar a la República o alinearse con el Imperio. El verdadero moderado, heredero de Manuel Gómez Pedraza o de Mariano Otero asumió la defensa del país, tal fue el caso de Doblado, Comonfort y Lafragua. Ramírez y López Uruga huyeron y jamás regresaron a México.

La investigación y redacción de la tesis tuve que suspenderla durante 1990 ya que me incorporé al equipo que realizó los mapas de la sección histórica del *Atlas Nacional de México*, publicado por

el Instituto de Geografía de la UNAM. A pesar de ser una distracción respecto a mi proyecto principal, la elaboración de la carta "Servicios Urbanos y Culturales en el Siglo XIX, 1850-1890" fue muy formativa ya que me permitió indagar más allá de la problemática del conflicto político en la muy rica vida cultural del país que se traducía en funciones de teatro a lo largo y ancho de nuestra geografía, excelente publicación de libros y revistas, ubicación de centros de educación superior, incluyendo los seminarios, la congruente división arzobispal; ubicación de los distintos consulados existentes en el país y muchos datos más que aunados a los seminarios de investigación geográfica que tuve con otros compañeros que realizaron los estudios sobre rebeliones indígenas; caminos y medios de transporte; las distintas divisiones políticas; las campañas militares de los principales movimientos armados desde la Independencia hasta la Guerra Cristera fueron muy enriquecedores y acrecentaron mi interés por el siglo XIX mexicano. Mi inquietud por la geografía histórica la canalicé hacia el trabajo de los moderados en su apartado militar, repensando en términos geográficos el perpetuo enfrentamiento en la Sierra Gorda de Querétaro entre Tomás Mejía y Doblado, o bien, el repliegue militar que hizo el cacique guanajuatense desde Saltillo hasta Matehuala, un retroceso de más de 280 kilómetros en medio del desierto, innecesario, sospechoso como se lo señaló el general Patoni a Juárez, apreciaciones que coinciden con los partes militares franceses; igualmente en este sentido, resultó muy interesante analizar, con mapa en mano, el plan de una batalla final y decisiva que le expuso el general Leonardo Márquez a Maximiliano y a su Estado Mayor para combatir a las fuerzas de Mariano Escobedo y a las de Porfirio Díaz que avanzaban sobre la ciudad de Puebla.

Durante la investigación geográfica también conté con la asesoría del maestro Lemoine quien gustaba de aquella disciplina y había publicado recientemente un atlas histórico para la Escuela Nacional Preparatoria. Asimismo me brindaron su ayuda y consejo los maestros Carlos Bosch y Ernesto de la Torre, ambos participantes de la comisión dictaminadora para que fuera impresa mi carta en la sección de historia que formó parte del primer volumen del Atlas que salió al público en enero-febrero de 1991.

Una vez concluida la investigación geográfica era indispensable darle finiquito al trabajo en torno a los liberales moderados. Duran-

te ese año pasé muchos meses leyendo en el Fondo Reservado de San Agustín y en la Hemeroteca Nacional, recopilando datos para el último capítulo que abarcaba de la Guerra de Reforma al establecimiento del Imperio, siete años de historia fundamental en el desarrollo del siglo XIX lleno de acontecimientos, anécdotas, afianzamiento del poder de Benito Juárez, paulatina oposición a su persona y a su forma de trabajo tanto en las filas del radicalismo como de los moderados. En ese 1991 el doctor Lemoine y yo nos reunimos en contadas ocasiones pero, como había sucedido 5 años antes, en diciembre le informé que consideraba que el acopio de materiales había terminado y que solamente —nada más ni nada menos— restaba redactar aproximadamente el 60% del trabajo. Pedí una beca a la DGAPA para la culminación de la tesis y me dediqué todo 1992 a cumplir con ese compromiso. Volvimos a citarnos para trabajar en su casa. Ahora ya no era aquel corredor que daba al jardín interior sino en un nuevo estudio que había construido, frío y oscuro. Las cosas habían cambiado, la enfermedad lo iba devorando paulatinamente, yo sentía que sacaba fuerzas de flaqueza. El frío, aquel terrible frío que no lograba mitigarse con el café y las galletas que tan gentilmente nos llevaba doña Guillermina, una dama encantadora. Aquellos dos años de separación sirvieron para limar asperezas que se superaron en las nuevas reuniones que celebrábamos cada mes o cuando lográbamos conjuntar una fecha en que él no fuera a su chequeo hospitalario o a sus múltiples compromisos académicos que cumplió hasta el último minuto de su vida.

Las reuniones como lo habían sido en antaño eran especialmente interesantes, pues de la investigación salían temas de conversación sobre política contemporánea, viajes al extranjero que conllevan experiencias estáticas, culinarias, arquitectónicas y también de chismes y directes del claustro académico.

La investigación “Teoría y práctica del liberalismo moderado en México 1862-1864” se concluyó en enero de 1993. En abril el maestro Lemoine y yo nos presentamos en un seminario que a manera de informe de trabajo exige la DGAPA como requisito para renovar la beca o en su caso, que era el mío, demostrar que si se habían cumplido las metas trazadas. Fuimos el único proyecto que presentó un trabajo terminado. Una vez pasada la experiencia, que fue muy

aleccionadora, nos dirigimos a Sanborns de San Angel y brindamos por el éxito de un trabajo que se había prolongado más de la cuenta. Era una tarde soleada, calurosa y como en años anteriores —aunque suene cursi— disfrutamos de una magnífica plática, reímos, lo vi contento. Fue la última vez.

Días antes del examen de grado que se llevó a cabo el 11 de noviembre el maestro estaba sumamente preocupado por la salud de su esposa, me pidió que le recordara la fecha y me comunicó que Cuauhtémoc lo llevaría a la Facultad. Esa tarde los sinodales, el doctor Matute, el doctor De la Torre y el doctor Lemoine, dieron una cátedra de cómo se examina, exhibieron su dominio sobre la materia y su pasión por el bien decir. El maestro Lemoine hizo un resumen muy agudo de la investigación, señaló lo que le parecía novedosa de ella. Posteriormente los que estábamos reunidos en el salón le escuchamos su interpretación del siglo XIX mexicano... ¡admirable! según las palabras de la doctora Antonia Pi Suñer, sinodal y discípula de Ernesto Lemoine. Días después moriría aquel apasionado investigador de la pasada centuria, polemista, formador de historiadores y ante todo, maestro.

Descanse en paz.

